

Los miembros del cuerpo diplomático en Pekin

El Cuerpo diplomático en Pekin no se parece á ninguno. En la colonia europea de la capital de China todo gira alrededor del elemento diplomático. Cada Legación es un territorio extranjero, con jurisdicción absoluta. Cuando en la calle de las Legaciones, en el jardín del Club ó en el Campo de Carreras, se reúnen dos ministros y el decano, hay un momento de expectación general; organizan un día ó una partida de juego, y la colonia europea no duerme aquella noche, preocupada.

A pesar de este carácter constantemente oficial, el Cuerpo diplomático en Pekin vive, ó por mejor decir, vivía, cuando yo estaba aún allí, en una grande intimidad. Son desterrados que necesitan reunirse para hacer llevadero su destierro. Mas rara vez en esas relaciones, por privadas que sean, deja de mezclarse en algo la política. Cada visita es un cambio de impresiones sobre la marcha de las cosas. Y es que hay algo que está por encima de todo, que pone una atención ferrosa á todos, como una incessante sombra: la China; es decir, la eterna incógnita, lo incierto, lo inseguro, lo inesperado, lo imprevisto.

Las reuniones del Cuerpo diplomático en Pekin se verificaban en casa del decano. ¡Cuántas veces he visto entrar en la Legación de España las carretas chinas y las sillas de manos conduciendo á los representantes diplomáticos! Precedidos y seguidos de un «Mafa» á caballo con túnica de gala, descendían á la puerta de nuestra Legación los representantes de las otras Potencias. Los servidores chinos esperaban allí formando cola, charlando, riendo, comentando, fumando largas pipas de opio, que escondían en presencia de sus amos.

Sus amos, lentamente, entraban en el jardín sencillo y lindo de la Legación de España. En el fondo, en la casa del ministro, les esperaba el decano, el Sr. Cologan, siempre cariñoso, siempre conciliador, amable, servicial, activo, inteligente, verdadero padre del Cuerpo diplomático. Yo solía ayudarle preparando los papeles en el salón en que se verificaban las reuniones. Luego me retraba cuando los jefes de Misión empezaban á llegar. Y el Sr. Cologan, alto, ligoramente encorvado como si le abrumara el dolor de la ausencia de su familia adorada, sencillo en el vestir, pero con aire de gran señor haciendo los honores de su castillo en el campo, los recibía estrechando sus manos.

Aun creo verlos, destacándose entre todos Maedonald, ministro de Inglaterra, alto, delgado, rubio, tipo acabado del *gentleman* inglés. Había sido militar, después gobernador político de algunas pequeñas colonias, antes de ser diplomático; caballeresco, distinguido en alto grado, era el ministro más antiguo después del Sr. Cologan. El ministro de Francia, monsieur Pichon, era el primero en llegar. No había olvidado que su vida se había deslizado, hasta que entró en la diplomacia, en el Parlamento, en las deliberaciones políticas. Se veía en él al antiguo diputado, al orador, en la manera de plantear las cuestiones, en el gesto, en el acento. Las reuniones del Cuerpo diplomático le recordaban con gusto sus campañas parlamentarias, sus discursos como diputado por París. Inteligente, activo, trabajador celoso y apasionado, tenía especial simpatía con el decano. Generalmente entraba con el ministro de Rusia, Mr. de Giers, de facciones pronunciadas, de mirada llena de viveza é intención, de trato muy ameno, diplomático de carrera, joven todavía.

Mr. Conger, ministro de los Estados Unidos, á quien se atribuye el último telegrama tan comentado, era en extremo sencillo y amable, con su aspecto de militar norteamericano. Solía llegar, con Mr. Knobel, ministro de Holanda, muy laborioso, secretario del Cuerpo diplomático por razón de precedencia. Luego llegaba el ministro de Italia, ideal de todos los secretarios, que soñaban con realizar la prodigiosa carrera del marqués Salvago-Raggi. Había empezado en Madrid como agregado, y á los pocos años fué á Pekin como secretario encargado de Negocios, volviendo á los pocos meses en calidad de ministro. Era un joven alto, rubio, distinguido, de gran mérito, tipo del diplomático de cancillería y de salón.

Los últimos en llegar eran el ministro del Japon y el de Austria, barón Criccan, hoy ausentes de Pekin, y el barón de Vinck, ministro de Bélgica, de extrema distinción, muy amigo de España, muy artista, el cual vivía lejos, fuera de la calle de las Legaciones, hasta que últimamente regresó á su país.

También allí, á la Legación de España, acudió algunas veces el barón de Ketteler. Era de mediana estatura, algo grueso, sanguíneo, de fisonomía enérgica, ojos expresivos y cariñosa sonrisa. Había empezado su carrera rápida y brillante en Pekin, y allí debía concluiría trágica y valientemente.

Discutidos los asuntos oficiales, los representantes diplomáticos tomaban té, fumaban cigarrillos egipcios y salían acompañados hasta la puerta por «le Doyen», porque, aun familiarmente, al Sr. Cologan se le llamaba así. Hasta entonces el cargo de decano había sido puramente honorífico para los actos oficiales.

El Sr. Cologan era en todas partes, para todos, el decano. Como dice el Sr. de Vinck en una carta que honra á su digno autor, publicada en estos días en *Le Figaro*, el caballeresco ministro de España era considerado como el padre del Cuerpo diplomático, rodeado de la adhesión cariñosa de todos.

Dejo también consignar un recuerdo á mis compañeros los diplomáticos jóvenes, los secretarios encargados de compartir ó ejecutar el trabajo difícil y penoso de cancillería en Pekin. Allí estaban Mr. de Bergen, secretario de Alemania, hijo de una española y que hablaba el español como nosotros; el barón de Anthorn, detenido ha tiempo en Tien-Tsin, siempre delicado de salud, secretario de Francia; Mr. de Rosthorn, secretario de Austria; Mr. Squiers, tan *gentleman*, de los Estados Unidos; Mr. Kroupousky y Mr. Cibralinow, de Rusia; el marqués Caetani, un artista, de Italia; Mr. Marumo, del Japon, y otros últimamente llegados á la Legación de Bélgica y á la de Inglaterra.

Reuniones trágicas serán las que celebre ahora el Cuerpo diplomático de la capital de China reuniones muy distintas de aquellas que en la pacífica Legación de España se celebraban, entre árboles frondosos y perfumadas flores.

FERNANDO DE ANTÓN DEL OLMET.